

Un preludio y siete cantos

Ingrid Valencia

Preludio

Comienzo a mirar el pabellón de la locura
recuerdo el instante del aplauso,
la cúspide del tacto donde el peso de la carne
es la prisa y la imagen se aferra al deterioro,
al barullo de las manos.

Creí en la espuma, en el ardor del roce.

Comienzo a mirar
los signos delante, los semáforos, el vaho,
la nostalgia crecida en los cuerpos del día,
ya amontonados como rocas
al centro de una plaza milenaria
donde flotan las hojas del árbol
y crece la vida a pedazos. Comienzo
a mover las bancas de lugar,
los pizarrones de una tarde vencida
por la indiscreta boca que se rompe
junto con objetos traídos de la guerra.
Escribo el sonido de mi nombre
con las vocales húmedas de una fuente.
Los precipicios se llenan de polvo.
Las palabras no sirven para tocar ojos.
Acaso iluminan el rostro que se aleja.
Las alas de un pájaro muerto yacen
en el agua podrida del olvido.

Comienzo a mirar las ondas circulares,
la reproducción de su caída,
el hundimiento de su canto.
Podría expulsar la voz,
impedir la triste proliferación de aves
que surcan el cielo, deformar
la trayectoria, introducir un vuelo,
ostentar el baile submarino
de un adiós que anuncie
el fulgor de un amanecer
sobre terrazas y cables.
Comienzo, sí, a mirarme,
a recordar la danza, el aleteo,
el frágil desequilibrio
de abrirse paso
por dentro de la piel,
incluso en la multitud
de aves que mueren
cada noche mientras respiro.

Siete cantos a Paul Celan

*El agua cae
con su impureza
más bella.*

I

Es de vidrio un eco.
Es la playa un jardín
de pieles plásticas
tendidas como puentes,
como una habitación
llena de feroces manos
abiertas como el fuego,
encendidas como orillas
que han dejado su marca,
su respiración caída
en el oleaje de luz.

II

Como una habitación
llena de feroces ojos
con urgencia de mirar
un infinito en la piel,
es de vidrio un eco,
son de piedras las voces
que arroja el tiempo
con sus tonos circulares,
con su frialdad de acero,
con sus ruedas vencidas,
con sus dominantes pasos
escuchados en la noche
durante la vigilia.

III

Algo rompe lo lejano
como un medicamento
que adormece la calma.
El vaivén de los insectos

hace tregua con la arena,
con el polvo enterrado
en las comisuras de ayer.
El eco es traslúcido,
es ardor en lo indecible,
es atropello en zigzag
como la lluvia inocua
que moja la enfermedad,
como una huella negra
al fondo de los caminos,
como un espejo ya azul
detrás de un arma fría
sumergida en el viento.

IV

Llego de los ecos grises,
de los pasillos de cristal,
de un mundo al reverso
de la hoja de un árbol
que se agita y muerde
los sonidos de las risas,
de las lágrimas ya secas
por la tarde que avanza
hacia las palabras rotas
también quebradas en eco,
en polvo que ingiere
los soles de la infancia
los soles de lo húmedo.

V

Respiro como si entrar
fuera ya lo adecuado,
fumo la cárcel nocturna
de un agitado muelle
anclado a los dictados

del agua que me suaviza
las formas de repetirme.
Convivo con la maniobra
de abrir y cerrar frascos
de abrir y cerrar días,
de beberlos detrás de mí,
de un rostro con pliegues y ansia.
Olvido el asir de la voz,
desperdicio las horas
en una rotunda huida
hacia el bosque de los nombres
que me dividen en sombra.

VI

Así es el eco, la paz,
un presentir de las pieles,
las ojeras, los cabellos,
la pupila amniótica,
el deseo de la mano
que toca lo ya perdido,
lo oscurecido al ojo.
Es de vidrio un eco
que empuja el amanecer
que inunda el valle verde
y rocoso de la espera
como gotas invasivas
que trepan por las paredes,
que traen un coro frágil
de años en la lengua.

VII

Escribo como quien viene
de una casa habitada,
llena de feroces manos,
abiertas como el fuego,
encendidas como orillas. 